

bajos de largo aliento en torno a las características de los libros representativos de los países sudamericanos que ya los tienen con fisonomía original. Porque la cuestión no se reduce a que alguien se ponga a ejecutar esos trabajos, sino, y principalmente, que quien los inicie esté a la altura del tema. La condición de profesor universitario en Literatura Chilena, Hispanoamericana y Española, indican que Ricardo A. Latcham, dadas sus calidades intrínsecas, no sería un advenedizo en esos temas.—
G. SEPÚLVEDA.

■

<https://doi.org/10.29393/At235-236-13MMIB10013>

MALTA, LA MAGNÍFICA, por *Francis Gerard*. London. Cassell

Francis Gerard es un conocido escritor de cuentos, particularmente cuentos de intriga policial, y, como a tantos otros en todas las esferas de la vida, pronto la guerra le hizo vestir el uniforme y estar listo para hacer cuanto de él se esperaba en la formidable lucha por la libertad, contra las fuerzas de la agresión y del sadismo. Su destino le condujo a Egipto y posteriormente, sin quererlo ni saberlo, a Malta, donde fué incorporado a la Oficina de Información, cuyas funciones eran aconsejar y controlar a la prensa y a la radio, emitir sus propios comunicados, mantener una vigilancia general sobre las actividades de los cines, trabajar en estrecha relación con la Censura; en resumen, una reproducción en pequeño del Ministerio de Informaciones de Londres.

Su primer contacto con esta organización fué como auxiliar del Jefe de la Oficina de Información y después se convirtió en su director. A diferencia de la mayoría de los libros de guerra «Malta, la Magnífica», está escrito no como una historia, cronológica o cosa parecida, de los hechos, sino como un bien contado relato, en estilo casi de conversación. No se hace esfuerzo alguno para subrayar el aspecto heroico de Malta.

aunque sería imposible eludir la naturaleza épica de la defensa y el valor sobrehumano de cada hombre, mujer y niño comprometidos en su victoriosa lucha contra fuerzas abrumadoramente superiores.

No hay otra cosa que se asemeje a la epopeya de Malta en toda la historia del mundo. La pequeña isla, «como una daga apuntada al corazón de Italia», con una área de 150 millas cuadradas y una población de cerca de 270,000, resistió a los ataques en gran escala de la Fuerza Aérea italiana, que «luchó bien cuando contó con superioridad numérica»; y después el poderío implacable de la Luftwaffe nazi, manteniendo intacta para Gran Bretaña, y luego para los aliados, la gran base estratégica, el portaavión isleño, solo y acosado en el Mediterráneo. Tratemos de imaginar lo imposible hecho posible y tendremos una idea de Malta, la magnífica. Veamos este ejemplo: «Una narración acerca de Malta en los primeros días y semanas sería incompleto sin hacer referencia a seis muchachos. Habían sido, me parece, unos muchachos como todos, pero estuvieron destinados a hacer algo completamente fuera de lo común. Uno vino de Sudáfrica, otro de Canadá y los restantes de Gran Bretaña. Dos cosas compartían, la juventud y esa herencia común a todos los de sangre británica, vengan de las praderas del Nuevo Mundo o de los verdes campos de Inglaterra. Su historia es de la misma substancia de las leyendas, y dejaron tras ellos, en Malta, un recuerdo y sus nombres: G. Burguss, P. W. Hartley, P. G. Keeble, A. C. Waters y W. J. Woods.

Así los he escrito, porque así es como estarán inscritos en la piedra cuando la guerra termine y Malta esté libre tanto para edificar el futuro común como para recordar el pasado.

Estos son los nombres de los primeros pilotos de cazas. Pero son más que esto. Son los componentes de una historia que se ha vuelto una leyenda, la leyenda de seis jóvenes pala-

dines que, con armas inadecuadas desafiaron y derrotaron a la jactanciosa Regia Aeronáutica de Mussolini.

Cuando sobrevino el ataque italiano, había tres cazas en Malta. Nada más que tres. Sólo eso. Se les llamó: con razón «Fe», «Esperanza» y «Caridad», tres aviones anticuados con rapidez y armamento insuficientes, y con tales aviones esos seis muchachos, pilotos inexperimentados, se lanzaron contra la Fuerza Aérea Italiana. «De estos seis jóvenes algunos estuvieron destinados a honores y ascensos, otros a dolores y heridas y otros aun a la muerte. Pero, vivos o muertos, compartieron el vínculo de una camaradería que no puede morir».

Estos seis muchachos, Sir William Dobbie, los hombres y mujeres de Malta, héroes en su valor y su humildad, constituyen un excelente material para la pluma sagaz de Francis Gerard. Sabe muy bien cuándo se ha de evitar el excesivo adorno del tema mismo y os hace sentir la fuerza del sobresaliente heroísmo, no pintándolo con brocha gorda sino contorneándolo con ágiles y diestras pinceladas.

Del general Sir William Dobbie, el Gobernador y Comandante en Jefe, dice Gerard: «Yo, por lo menos, lo vi irse con pena. Era un hombre que había hecho lo suyo. Cuántos de nosotros, me pregunto pueden decir lo mismo? En los dos años que tuve el privilegio de conocerle, nunca lo vi hacer cosa injusta o hiriente. Esto puede decirse de muy pocos de nosotros. Su valor y su ejemplo fueron contagiosos. Fué un gran hombre, en todo sentido. Y me siento muy orgulloso de haber servido bajo sus órdenes».

Gerard describe la vida en Malta en su aspecto cotidiano, y es así cómo el lector percibe el cuadro de Malta, la Magnífica.

Describiendo el bombardeo a que se vió sujeta la isla, dice: «Pero, no fué tanto el peso del ataque, aunque éste fué bastante dañino, como su duración la que resultó tan difícil de soportar. Mientras en Inglaterra el «blitz» podía medirse por

semanas, en la fortaleza del Mediterráneo continuó por semanas, meses y años. El último período duró cinco meses, día y noche sin cesar».

Aun esto no da una idea de la verdadera prueba del pueblo y de la guarnición. Esto, nos dice, es algo más profundo que el bombardeo. El maltés está muy orgulloso de su isla, de sus irremplazables iglesias y palacios, y para él fué particularmente doloroso verlos convertidos en ruinas.

Gerard dice: «Isla de la Cruz Jorge? Recordaré las caras llorosas, desfiguradas por la ansiedad y las privaciones de sus habitantes. Malta, Isla de la Crucifixión...

En sus párrafos finales dice Gerard: «Releyendo estas páginas encuentro que mucho es lo que no he dicho o apenas tocado. Pero muchos libros pueden y serán escritos acerca de Malta, porque es materia de leyenda. He tratado de pintar un verdadero cuadro de lo que soportó, cómo vivió y cuán grande fué su triunfo; pero comprendo que he fracasado. Pero no estoy avergonzado de mi fracaso, porque no hay hombre que podría hacerle justicia. Tratar de describir, por medio de la palabra escrita lo que ella hizo no es posible, porque uno puede solamente lograr semejante descripción con la comparación, y Malta es incomparable».

Sí, muchos libros se escribirían acerca de Malta, y su resistencia servirá como un ejemplar durante venideras generaciones; pero pocos de estos libros llevarán la señal de puro valor, casi impertinente superficialidad y soberbia comprensión de la camaradería, y de simpatía para los más, demostradas por Francis Gerard en este documento humano, compilado entre las pruebas y tormentos de una isla sitiada por aire y mar, combatiendo formidablemente por su vida, sabiendo que no debe fracasar, ocurra lo que ocurra.

La guerra ha llevado a su máximo límite las tendencias humanas. Por un lado, la increíble crueldad y el sadismo de un pueblo ultratécnico, y por el otro la tenaz perseverancia y

la extrema fe en la rectitud de su Causa de parte de aquellos que fácilmente pudieron haberse expresado con el grito de «Señor, por qué me has abandonado?» La resistencia de Malta personifica la dignidad del sufrimiento, y la purificación del espíritu por él, y debe ser un ejemplo para todos los tiempos.—
I. BERKKOOD HOBSEBAWN.